

> un tango para una vida



Un tango *para una vida*

Autor | PABLO GARRIDO

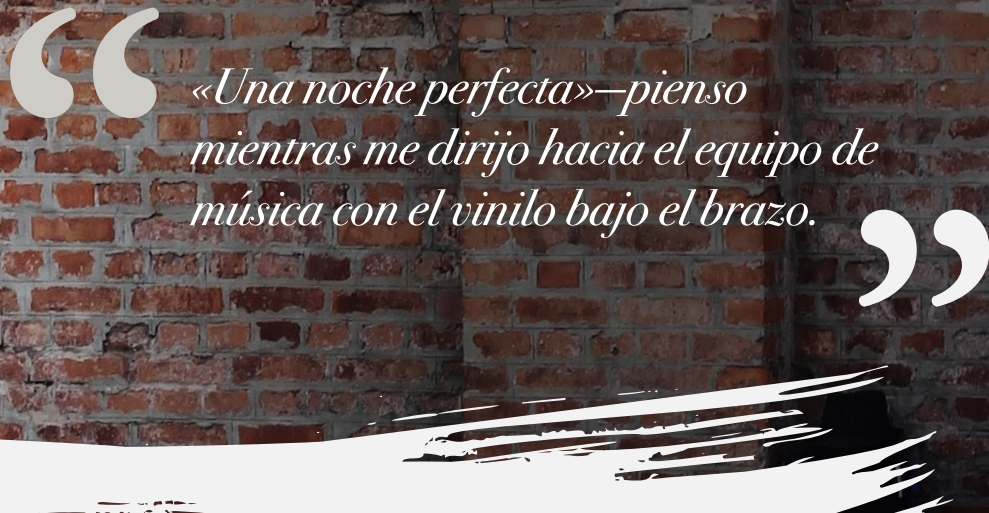
LA NOCHE ES AGRADABLE, algo más fresca que calurosa. «Una noche perfecta»—pienso mientras me dirijo hacia el equipo de música con el vinilo bajo el brazo.

Cuando llego miro la carátula, allí está Carlos Gardel, en la foto que le inmortalizaría: con sombrero mirando sobre su hombro. Aún recuerdo cuando mi mujer me habló por primera vez de aquel disco.

—Tenía un tío que se fue a Argentina por negocios. Tras algún tiempo volvió y en las comidas en su casa solía poner éste y muchos otros. Pero una

de las canciones me enamoró. Cuando aprendí a poner el vinilo yo solita me encargaba de que siempre estuviese sonando, para desesperación de los mayores. Sin querer le hice un rayón al vinilo, y mi tío finalmente me lo regaló.

Allí estaba el rayón. Arruinaba el final de «Arrabal amargo» y la mayor parte de «Dandy», pero su canción estaba intacta. Lentamente saco el disco y lo pongo en el plato. Cojo suavemente el brazo del tocadiscos y coloco la aguja en el final de «Dandy». Enciendo la cálida luz de una lámpara de pie y apago el resto de luces. La estancia es



«Una noche perfecta»—pienso
mientras me dirijo hacia el equipo de
música con el vinilo bajo el brazo.

agradable, aunque apenas se vean los muebles de nuestro salón. Vuelvo al centro y miro hacia la puerta.

Es una puerta doble, con cristalera en cada puerta. Una mitad está cerrada y, en el hueco que deja la otra, abierta, está ella, atraída sin duda por el sonido de la música. Rauda, veloz y silenciosa. Con una sonrisa de complicidad en su rostro. Acaba la canción. Pasan unos pocos segundos en silencio y empieza.

El ambiente se colma del sonido de los acordes rítmicos de un piano, seguidos de violines que llevan la lenta melodía. Ella se acerca, mientras

mi pose es erguida, con el mentón alto y altivo. Se mueve a mi alrededor, tocándome un hombro desde atrás primero, moviendo elegantemente las piernas delante después, mirándome de frente tan de cerca que si respirase profundamente nuestros pechos harían contacto. Cuando se está retirando, fracasada al no poder llamar mi atención, le toco suavemente el codo derecho con mi mano izquierda y, mientras se da la vuelta y se coloca de frente, mi mano recorre el antebrazo hasta sostener la suya y mi mano derecha se coloca en su cadera. Empieza el baile.

Siempre me había dicho que bailarí esa canción el día de su boda, pero cuando realmente me comentó que ya había encontrado instructor entendí que era su verdadera intención.

—No puedes hacerme esto, ¡soy muy patoso! ¡Nunca se me ha dado bien moverme ni bailar!

—Lo sé, por eso tenemos tiempo. Además, no se trata de que aprendas a bailar, sino de que te aprendas una coreografía que han preparado para nosotros.

—Pero aun así. Creo que deberíamos movernos un poquito solos y que luego se uniesen tus padres, y los míos... ¡como en todas las bodas!

—Ni hablar. ¿No decías que querías casarte conmigo? Pues este es el precio a pagar. ¿No te parece barato?— zanjó mientras me dedicaba aquella sonrisa que proclamaba que iba a salirse con la suya y que tanto me cautivaba.

Me costó muchísimo, ella parecía que poseía una gracilidad innata mientras yo trastabillaba o la pisaba, ocasionando caídas. Pero cada vez que caíamos su carcajada me hacía sonreír, y ello provocaba que me decidiese a continuar.

Una vez en la boda ya teníamos todos los movimientos aprendidos desde hacía bastante. Cuando, más tarde, vimos la grabación aprecié el asombro de mi madre, el orgullo de mi padre y la satisfacción de mis suegros. En

la boda no me había fijado más que en ella y la propia pista.

Dieciocho años después no hemos perdido la memoria muscular de aquel baile. Engancha su pierna derecha en mi pantorrilla izquierda y la inclino sujetándola por el costado con mi mano derecha. Tras esto tra-

zo un círculo casi completo con ella sobre un pie como eje, mientras el otro lo

mantiene levantado hacia un lado con la rodilla flexionada.

Escucho su respiración jadeante, pero su rostro en ningún momento pierde la sonrisa. Ahora ella

se queda quieta apoyada únicamente sobre un pie dejando caer

su peso sobre mí, mientras echo mi pierna izquierda hacia atrás y flexiono la derecha. Se escucha a Gardel cantando cálidamente, aunque el vinilo esté picado por el uso.



Por una cabeza

Todas las locuras

Su boca que besa

Borra la tristeza,

Calma la amargura...

Una vez fuimos a Marsella, y el hotel en el que nos íbamos a hospedar —antiguo palacete del XVIII, con su encanto característico y su también característico agravio a nuestras finanzas— tuvo una equivocación en la reserva y, al llegar, lo único que nos ofrecían eran dos habitaciones

individuales. Tras mis quejas y una llamada de teléfono («Oui, ils semblent responsables», decía el recepcionista) nos dijeron que nos alojarían en la «Suite présidentielle», pero nos harían responsables de cualquier daño que le pudiera ocurrir.

> DIECIOCHO AÑOS DESPUÉS NO HEMOS PERDIDO LA MEMORIA MUSCULAR DE AQUEL BAILE. <

En el hotel había un salón de baile del palacete que se usaba como cafetería, pero dejaba un buen espacio vacío, con el suelo de mármol más pulido que yo haya visto. Hablé con el recepcionista y le di una propina, menos discreta de lo que me hubiera gustado. La última noche, cuando ya nos habíamos acabado los postres, empezó a sonar. El tango «Por una cabeza» de Gardel. Comenzamos a bailar mientras el resto de comensales miraban. Llegaron los recepcionistas y el resto del personal, y nos sentimos como los actores de una especial sinfonía. Aquella noche hicimos subir una botella de champán a nuestra fantástica suite. Doce mil pesetas costó la botella.

De vuelta, ella no contaría cuánto le gustó la basílica de Santa María la Mayor, o Notre-Dame de la Garde, o el castillo de If. Contaría cómo bailamos sobre el mejor mármol que habíamos pisado y cómo nos aplaudieron después. El tema del champán siempre nos lo guardamos para

nosotros. Ahora una U invertida. Dos pasos al frente, dos a la derecha y dos atrás. Acordes fuertes de piano, la levanto dibujando un semicírculo mientras ella echa los pies hacia atrás en el aire. Noto la respiración en su pecho. Cae al suelo, dos pasos hacia atrás y otro semicírculo. Su mano es pequeña y cálida. Levantamos una pierna y flexionamos la rodilla en el aire. Luego la otra pierna, enganchemos las piernas y las separamos. Una vuelta mientras la sostengo en el aire. La música se va haciendo más lenta; suavemente me echo hacia delante sujetándola mientras ella se echa para atrás.

*Por una cabeza
Si ella me olvida
¿Qué importa perderme
Mil veces la vida?
¿Para qué vivir?*

Y dejan de tocar los violines. Y el piano. Y desaparece todo rastro de voz. Solo quedamos nosotros, jadeantes y emocionados.

Abro los ojos y contemplo el salón vacío en la penumbra. Tras unos segundos de pie, retiro el vinilo del plato y lo guardo. Apago el equipo de música y me retiro, dejando el salón en la oscuridad y unas gotas de agua salada en su suelo.

Solo sé un baile, pero es mi vida. 